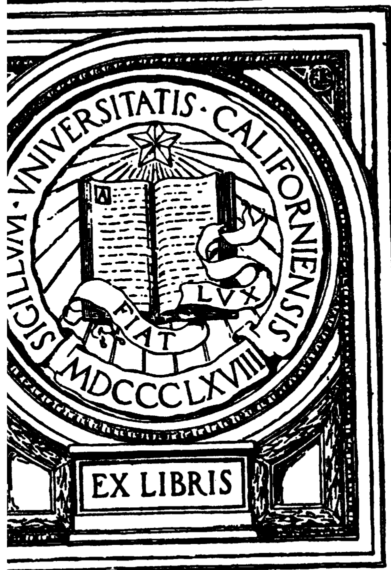

SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS

LUIS MELIÁN LAFINUR

LAS CHARRETERAS DE ORIBE

APÉNDICE AL FOLLETO

LOS TREINTA Y TRES

«EL ANTICUARIO»—EDITOR

PRECIO: 20 CENTÉSIMOS

MONTEVIDEO
IMPRESOR: CONSTANTINO BECCHI
218—SARANDÍ—218
1895

LAS
CHARRETERAS DE ORIBE

LAS
CHARRETERAS DE ORIBE



LUIS MELIÁN LAFINUR

LAS CHARRETERAS DE ORIBE

APÉNDICE AL FOLLETO

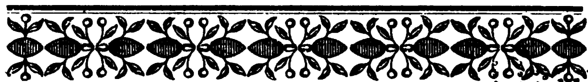
LOS TREINTA Y TRES

Omnes homines, patres conscripti, qui de rebus dubiis consultant, ab odio, amicitia, ira atque misericordia vacuos esse debet.

Padres conscriptos: todos los que tratan de asuntos dudosos deben estar exentos de odio, de amistad, de cólera y de compasión.

(De un discurso que Salustio atribuye à César en «Catilina,» parágrafo LI).

MONTEVIDEO
IMPRESOR: CONSTANTINO BECCHI
218—SARANDÍ—218
1895



LAS CHARRETERAS DE ORIBE



I

LA LEYENDA

Nuestro reciente opúsculo Los Treinta y Tres, en que incidentalmente hemos procurado combatir tradiciones que deprimen al pueblo uruguayo en beneficio de determinadas personalidades históricas, ha dado mérito á que el distinguido publicista D. Carlos M. Ramírez se haya ocupado en refutar lo que hemos expuesto sobre el episodio de las charreteras del Coronel Oribe en la batalla de Ituzaingó.

«En toda leyenda que muere, dice el ilustrado escritor, hay un pedazo de corazón arrancado al pueblo que ha creído en ella.» Aplicada la frase al episodio en tela de juicio, vemos muy lejano el desgarramiento de fibras que pueda atormentar al pueblo uruguayo, porque se impugne una leyenda que atribuye ruindad á un grupo de sus hijos, calumniados para que la mentira sirva de pedestal á la fama de un hombre. Y todavía quedará el pueblo menos dolorido y apenado, al penetrarse de que, buscando el Doctor Ramírez el argumento decisivo para combatirnos, ha convertido en leyenda de ignominia la leyenda de gloria personal, al exhibir á D. Manuel Oribe cobardeando á la par de sus oficiales y soldados «cuando huía disperso con su regimiento» según el testimonio de D. Antonio Díaz, que presenta el redactor de *La Razón* como el documento ofrecido para cimentar sobre irrefutable base la tradición que hemos combatido, entre otras razones, por inverosímil.

Sufriendo error inexplicable, nuestro impugnador nos atribuye la afirmación de que D. José Pedro Pintos inventó el

episodio de las charreteras, é insiste varias veces sobre la insipiencia que en ese particular nos critica. Pero nosotros sabíamos que la patraña era muy anterior á Pintos, aunque él la haya engalanado con las frases que pone en boca de D. Manuel, de: «soldados cobardes» que «lo dejaban solo» etc., etc. Y tan es inexacto que le adjudiquemos á determinado individuo la paternidad de la especie, que en la página 37 decimos: «Otra invención de *los adoradores* de D. Manuel etc., etc.», y preguntando más abajo en la misma página, después de insertar la frase de Pintos, ¿cómo es que este señor documenta el episodio?, respondemos: pues con un candoroso «cuéntase»; es decir; que lo documenta con una referencia á lo que se contaba, á lo que era corriente, á lo que se decía con generalidad, á lo que oía, que eso es lo que significa en el caso la palabra «cuéntase», porque precisamente el que dice que un hecho se cuenta, afirma todo lo contrario de que sea él el autor ó inventor de la especie circulante; y todavía agregamos, en la página 38, «aquí se tiene la *obra de partido* en acción para deprimir un cuerpo

del ejército en beneficio de la gloria de un hombre», lo cual demuestra que no podíamos suponer que la invención fuese de una sola persona, porque, de ser así, la obra de partido resultaría del señor Pintos, quién, por su notoria insignificancia política, alejaría la idea de que cometiésemos la insensatez de encarnar en él la obra de un partido que alienta una tradición, la vivifica, la hace circular y concluye, á fuerza de repetirla, hasta por presentarla más ó menos aceptable para sus propios enemigos.

Elegimos la versión de Pintos porque la tomábamos de un libro en que bajo la forma que al episodio dábale su autor, se hacía con el «cuéntase» la referencia á la especie corriente entre los que calificábamos de *adoradores* de D. Manuel; y de igual modo que elegimos á Pintos como condensación tradicional de la originalísima anécdota, pudimos citar al señor Miranda, que aun cuando habla de la «exaltación» del Coronel Oribe, le ha dado, sin embargo, á su actitud en el campo de batalla un carácter más metódico, tranquilo y reposado, al referir que aquel militar «se baja del caballo, se

arranca las charreteras, y las empieza á pisotear etc.» (1); todo en una gradación apacible y descansada que le quita al acto mucha de la fogosidad instantánea que le supuso el señor Pintos, en su desbordante entusiasmo.

Por lo demás, ¿cómo suponer que ignorásemos tradición tan generalizada, nosotros, vinculados á una familia entre cuyos miembros hubo, según es notorio, amigos políticos y personales de D. Manuel Oribe, con los cuales hablábamos, como se comprende, dadas nuestras aficiones históricas, de los hechos que se relacionaban con la vida de aquel general?

Si no fuese este antecedente bastante, invocaríamos el respetable testimonio del doctor D. José L. Vila, con quien, antes de escribir el folleto, muchas veces hemos departido sobre la batalla de Ituzaingó y sus incidentes, el de las charreteras entre ellos, que conoce por la versión, más ó menos vaga, que oyó á su amigo el coronel Lapido, actor en aquella acción.

Pero, con los datos que hemos obtenido

(1) Miranda.—Apuntes sobre la «Historia de la República.» 3.ª edición, página 94.

y aquilatado, siempre nos ha parecido poco documentada é inverosímil la leyenda, aunque como tal tenga todos los prestigios de las cosas que mucho se repiten y comentan por los interesados en fomentarlas.

Sabe el Dr. Ramírez que la erudición moderna dedica una gran parte de su tiempo en libros y revistas, precisamente á desbaratar leyendas que tienen ó han tenido en su apoyo más antigüedad, más verosimilitud y más medios de convicción y propaganda que el episodio relativamente nimio de las charreteras de Oribe.

Historiadores serios, sesudos y aun geniales que destinaron una vida entera á rastrear la verdad de una época ó una civilización, y que creyeron decir sobre el asunto la última palabra, se han visto desautorizados total ó parcialmente, por aquello que dice Taine á propósito de Niebuhr, el historiador de Roma, tan ponderado en su tiempo: « Que todo escritor tropieza con el doble pesar de haber tenido precursores y tener después correctores. » (1).

(1) Taine.—Essai sur Tite Live. 5me edition, page 107.

Y si de los grandes cuadros de una nacionalidad ó de un reinado descendemos á la leyenda de pequeños sucesos, notorio es como, día por día, se vienen expurgando sus crónicas falseadas.

Más que fácil es, sobre este particular, multiplicar los ejemplos; y algunos invocaremos en seguida.

De la batalla de Waterloo se ha dicho siempre, como verdad inconcusa, que los franceses la perdieron porque eran menos que sus enemigos, cedieron agobiados por el número y lucharon con desventajas que á los aliados no alcanzaron. Pues es todo lo contrario: los franceses eran 71,947, y los aliados 67,655; la infantería estaba más ó ménos equilibrada en número; pero la caballería francesa se componía de 15,765 hombres y la de los aliados de 12,402. Tenían éstos 5,645 artilleros para servir 156 cañones, y los franceses 7,232 soldados para 246 piezas de artillería. Los aliados estaban á las órdenes de un general que sólo tenía 24,000 soldados de su propia nacionalidad, siendo las demás tropas de nacionalidades diversas; y tenían los franceses por jefe del ejército compacto en que no se hablaba

más que una lengua, al capitán que los había llevado cien veces á la victoria y que desplegó en el día de Waterloo más genio militar que nunca. Todas las ventajas, pues, estuvieron de parte de Napoleón, y la batalla se perdió tan sólo porque su estrella se había eclipsado (1).

En un libro que ha visto la luz estos días en Buenos Aires, se da cuenta de una supercheria de Berthoud, que han aceptado como verdad autores de novelas, cuadros y dramas, y se ha repetido y ha circulado llegando á figurar en las obras científicas de Moreau, de Lombroso y de Ramos Megía.

Berthoud propaló en 1834 que «Marión Delorme encontró en el hospicio de locos de Bicetre á Salomón de Caux, *inventor* del vapor etc.» Avergonzado Berthoud, trece años más tarde, del éxito de la mistificación, confesó su delito, y exhibió la prueba de lo inconsistente de la especie. Pero nadie se ha dado por notificado ni aludido, y la leyenda sigue á pesar de que

(1) Creasy.—«The fifteen decisive battles of the world.—31 edition of 1883»—Página 347.

la rectificación figura hasta en diccionarios (1).

En libros que por su fácil manejo son socorrido arsenal de eruditos á la violeta, se encuentran á cada paso leyendas desmentidas de un modo definitivo, y que sin embargo circularon como verdad y circulan aun después de borradas de la mente de los espíritus imparciales.

Vamos á elegir, entre muchas frases inventadas, una, atribuída á Mirabeau, que ha corrido en Europa y América y que se cita siempre, y que nosotros mismos hemos oído de labios de un compatriota que á favor de ella causó efecto recordándola en un discurso popular.

No pronunció el gran orador las palabras: «Id á decir á vuestro amo que estamos aquí por la voluntad del pueblo, y que no saldremos sino por la fuerza de las bayonetas» (2).

Desde que no las dijo, llano es que no pudieron repetirlas sus quinientos colegas, ni los empleados de la Asamblea, ni los

(1) «La locura en la Historia», por Ramos Megía.—Introducción de Paul Groussac.—Página XXXIX.

(2) Fournier.—«L'esprit dans l'histoire», 4[me] edition, page 370.

ciudadanos de la barra, ni nadie; y sin embargo, una especie que debieron desmentir más de mil almas que estaban bajo el mismo techo que Mirabeau, se halla en historias, dramas, novelas, memorias, etc., etc.; y, demostrado en 1833 que era falsa, continúa sin embargo su camino, y sin duda porque siendo una frase falsa, merecía ser verdadera, es que Cormenin, que en 1837 comenzó á publicar en un periódico los retratos literarios que fueron más tarde la base de su popular é interesante «Libro de los Oradores», ha seguido la superchería y ha conservado aquella frase en su obra traducida al español y á casi todos los idiomas de las naciones civilizadas.

¿Qué tiene de extraño, por tanto, que la leyenda de las charreteras de Oribe fuese invención de sus contemporáneos y compañeros de armas, y esté con sus dos versiones distintas en el recuerdo de guerreros y familias, y en memorias y periódicos, cuando vemos que invenciones de más trascendencia, en escenarios mayores, corren y corren y siguen corriendo aun después de seriamente desmentidas?

La leyenda, pues, ha vivido y ha echado

raíces; pero, transcurridos algunos años, la imparcialidad que dé el reposo de juicios que se formulen sobre personajes de un pasado lejano, reducirá á sus verdaderos términos la superchería más ó menos feliz de las charreteras, y entonces quizá alguno se acuerde de la primer duda manifestada por nosotros.

Por ahora, tendremos que explicar la repetición del «cuéntase», por razones idénticas á las que se han tenido en vista para afirmar que los franceses eran pocos en Waterloo, para mantener la superchería de que Salomón de Caux inventó el vapor, y para garantir que Mirabeau tuvo la inspiración de una frase enérgica que suena bien á oídos republicanos, y es modelo de oratoria tribunicia.





II

LA INVEROSIMILITUD

El general Alvear ha explicado, en uno de sus más conocidos documentos sobre Ituzaingó, la formación de sus tropas, en los siguientes términos: «Todo el mundo es testigo de la necesidad en que nos vimos de improvisar un ejército, cuando no existía ninguno de los elementos de que debe componerse; sin cuadros de regimientos, sin ninguna de aquellas instituciones que sirven á la creación y perfección de una fuerza armada regular. Fué, pues, indispensable formar los cuerpos en un solo día, *teniendo la misma antigüedad*

que la tropa los cabos y sargentos, todos los alféreces, y la mayor parte de los tenientes. Los artilleros en todas sus clases se hallaban en el mismo caso.»

¿Podría aplicarse al regimiento N.º 9 esta referencia? En manera alguna. Lo que era ese cuerpo lo hemos explicado en las páginas 38 y 39 del folleto LOS TREINTA Y TRES. Sus vueltas y evoluciones para rehacerse, una vez rechazado por la infantería enemiga como todos los demás cuerpos de caballería, las hemos expuesto también, haciendo honor á la disciplina de un regimiento sólido y aguerrido. Era este el concepto que le merecía al general en jefe, que el día de la batalla lo pasó del 2.º cuerpo de ejército al 1.º, «para darle á éste consistencia» (1).

No podía ser sino un regimiento de primer orden el que mandaba el coronel Oribe, por la antigüedad de su formación, que databa de 1825, por la energía, coraje y severidad de su jefe y la dedicación á disciplinarlo, por las batallas en que se había hallado, y por el crédito mismo de

(1) Lopez.—«Historia de la República Argentina»—Tomo 10, página 91.

que gozaba y que, dándole á un cuerpo la propia conciencia de su valer, lo aleja de los actos que importen una actitud dudosa en el combate.

¡Con razón, pues, hemos podido decir, en la página 39 de Los Treinta y Tres, que era «torpísima la invención», eligiendo tan luego ese cuerpo para ridiculizarlo!

Y si inverosímil es la especie en la forma favorable á D. Manuel Oribe, que le dan los señores Pintos y Miranda, al sintetizar con su temperamento personal y estilo propio, moderado el uno, impetuoso el otro, la leyenda que aceptan y los deleita, más inverosímil aun es la tradición que desenfunda el Doctor Ramírez, con la versión de D. Antonio Díaz de que el regimiento N.º 9 se desordenó por completo, para explicar de esta manera la actitud de su jefe: «El coronel Oribe tiró sus charreteras cuando huía disperso con su regimiento, diciendo que no quería mandar á tales soldados; pero el ejército no creyó que ese fuera el verdadero motivo, sino el de evitar que el enemigo que lo perseguía se dirigiese á él á vista de aquellas insignias.»

Más que en el fuego de la infantería

enemiga, encuentra el Dr. Ramirez el fracaso del regimiento en una «zanja insuperable», según el «Defensor de la Independencia Americana», ó en una «zanja profunda», según versión del historiador A. D. de P.

Pero si ese obstáculo era infranqueable para los que atacaban, lo era igualmente para que las caballerías brasileras persiguiesen á los que huían abrasados por el fuego de la infantería que temerariamente acometieron.

De modo que la huída de que habla D. Antonio Díaz, para salvarse los temerosos soldados del regimiento N.º 9 del fuego de una fusilería inofensiva sin *zona de peligro* á doscientos metros, por el poco alcance de las armas de la época, resultaría tanto más inexplicable cuanto que la zanja impedía que se les persiguiese; y ni D. Antonio Díaz ni nadie ha dicho que á la caballería que se supone dispersa se le llevase ninguna carga de flanco por tropas que hubiesen despuntado la zanja.

La versión favorable á D. Manuel Oribe de que quedase solo en el campo arrojando teatralmente sus charreteras, para

hacer volver al fuego tropas asustadas, es inverosímil, porque ¡puede calcularse qué es lo que verían de la escena, y qué apóstrofes escucharían los que, con las alas del miedo, á todo daban la espalda, huyendo á caballo con pavor en vertiginosa carrera!

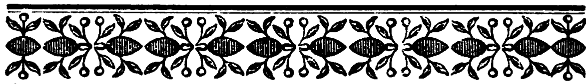
Un regimiento que huye ó, más bien dicho, que comienza á remolinear, puede ser contenido por oficiales duros y esforzados que la emprendan á sablazos y tiros con los primeros soldados que aflojen y se apresten á huir haciendo conversiones que no haya mandado el jefe. Pero arrancarse charreteras y dar gritos en la confusión de un desbande son, á la verdad, medios que nos parecen muy poco eficaces.

Disparar el regimiento entero con sus jefes y oficiales, es verosímil como hecho adecuado para una masa de cobardes; pero tratándose de Oribe y del Regimiento N.º 9, que no era compuesto de tales elementos, resulta la especie inverosímil, y más aun si á pretexto de animar á sus soldados se presenta al jefe haciéndoles competencia en la carrera y no usando de otro medio de persuasión militar para

volverlos al combate, que el de tirar las charreteras en la huída.

Estaba tan vinculado el N.º 9 á glorias que no dicen bien con su desbande en compañía del jefe ó sin él, en la batalla más grande de la Independencia, en el día de prueba para la patria, vale decir, que aun después de concluída la paz y evacuado el territorio por el ejército argentino, siendo el 9.º el único regimiento de caballería de línea de la naciente nacionalidad, conservó su número, hasta que por una razón militar bien comprensible, se ordenó por decreto de 24 de Febrero de 1829, expedido por Rondeau y refrendado por el coronel Garzón como Ministro de la Guerra: «Que el regimiento N.º 9 de caballería de línea, tomara el nombre de primero de su arma»; habiéndose hecho extensivo el mismo decreto al glorioso batallón de cazadores N.º 3, que tomó el N.º 1.º (1).

(1) Registro Oficial.—N.º 3, tomo 5.º, página 69.



III

LA LITERATURA MILITAR DEL BRASIL

Cree el Dr. Ramírez que «el historiador imparcial encuentra en la literatura militar del Brasil elementos preciosos para revisar y reducir á su justo valor las tradiciones populares que ha dejado en los pueblos del Plata la victoria hiperbólicamente cantada por D. Juan Cruz Varela.»

Pensamos todo lo contrario; y quien quiera que esa fuente encuentre de su preferencia, hará, como D. Ernesto Quesada, una relación de la batalla de Ituzaingó llena de inexactitudes, al guiarse por documentos que basta leer con ánimo

despreocupado y sereno para hallar en ellos un propósito preconcebido, constante y permanente de ocultar la verdad á fin de darle al ejército vencido un realce y unas condiciones que contrastan con lo poco que se concede al vencedor.

¡Guay de nuestros triunfos, de la fortaleza y constancia de nuestros soldados, y de todo lo que constituye el legítimo orgullo con que vemos flamear nuestra bandera, si á los documentos brasileros nos remitiésemos! ¡Tendríamos, como Otelo, que darle un eterno adiós á la gloria!

Aunque escritos por un extranjero, los «Apuntes para la Historia de la República O. del Uruguay por A. D. de P.» (1), no son

(1) El autor de los «Apuntes» era un español chiflado que desempeñaba empleo subalterno en uno de los ministerios de la monarquía brasilera. Pretendía ser inventor de un método de soñar que con toda economía le proporcionaba placeres porque tantos individuos se desviven. Su método tenía por base un botiquín con elixires distintos según la especialidad de diversión á que quería entregarse. Un elixir que llamaba heróico-afrodisiaco le servía para gozar del cielo muslímico; tenía otro aplicable á deleites seráficos, y uno luciferino para descender al infierno. Al botiquin ayudaba en sus efectos una horca denominada funi-fantasmagórica en que se sobreexcitaba la medula espinal.

Estas y otras noticias sobre las locuras de tan

otra cosa que un alegato más que parcial en beneficio del Brasil. Sabido es cuán mal parados salimos uruguayos y argentinos, en ese libro que se halla en todas las bibliotecas de nuestro país, y que por lo mismo es el primero que señalamos como fuente poco apropiada para restablecer la verdad que se suponga adulterada por los documentos del Río de la Plata; excusándonos de toda cita concreta, el hecho de ser la obra conocidísima como hemos dicho, y apreciada en su justo valor en la República.

Analicemos, pues, otras publicaciones menos corrientes ó por lo menos no tan estudiadas como el libro de Pascual, y veamos qué criterio han aplicado á los sucesos trascendentales de nuestra historia.

Tomemos para comenzar, nuestra her-

---

desequilibrado y extravagante á la vez que original personaje, las da el distinguido literato D Juan Valera, que lo conoció en Río Janeiro. Véase su obra «Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas.—Madrid, 1887», páginas 174 y 175.

Escribía bajo el transparente anagrama de Adadus Calpe, que se descompone así: A. D de Pascual. Las iniciales corresponden á los nombres Antonio Deodoro.

Pascual murió hace algunos años.

mosa batalla de Sarandí, que entusiasmó al pueblo de Buenos Aires, y que dando á su Gobierno la medida de nuestro esfuerzo, fué el punto de partida para que la República Argentina se embarcase de lleno á proseguir la aventura audaz iniciada por los Treinta y Tres.

Ha sido siempre para los uruguayos un timbre de honor esa batalla ganada «carabina á la espalda y sable en mano», en cargas legendarias, como las que se cuentan de Murat. En aquel campo estaba la flor de la juventud del país, mezclada en una común abnegación así la de los salones de la ciudad como la inculta y vigorosa de los campos. Todos los jefes y casi todos los oficiales y soldados de los Treinta y Tres se hallaban reunidos. Lavalleja, Rivera, Oribe, Zufriátegui, Latorre, Laguna, Olivera; todo lo que valía, todo, todo estaba allí. Las fuerzas eran equilibradas y nos fué fácil el triunfo merced al denuedo, y sólo al denuedo de soldados valerosos brillantemente mandados.

Pero, según Don José María da Silva Paranhos, nuestro triunfo no fué más que un abuso del número y de la fuerza:

¡mil soldados de caballería brasilera atacados por un ejército de dos mil quinientos hombres de las tres armas!

Esto dice el señor Paranhos, y la emprende con Pascual porque aseveró en los «Apuntes, etc.» que los brasileros eran dos mil doscientos; documenta sus afirmaciones con el testimonio del Vizconde de San Leopoldo y del general Abreu é Lima para probar que «so se bateram mil brazileiros» y pareciéndole esto poco todavía, casi llega hasta negar la existencia misma de la batalla, pues hace suya una opinión del mencionado vizconde de San Leopoldo que dice: «foi antes uma dispersao do que um combate»! (1).

De la acción del Rincón de Haedo se dice por el señor Paranhos más ó menos lo propio que de la de Sarandí; no le otorga importancia ni mérito alguno al triunfo de Rivera. Pasa lo mismo con el combate del 31 de Diciembre de 1825 en que

(1) Esboço Biographico do General José de Abreu Barao do Cerro Largo por Paranhos.—Revista trimensal do instituto histórico geographico é ethnographico do Brasil.—Tomo 31, parte segunda, páginas 108 y 109.

fué sorprendida la guarnición de la Fortaleza de Santa Teresa por el coronel Olivera. Búrlase de nuestra exageración sobre un suceso «cuya insignificancia é manifesta» y aun llega á negar que allí se pelease: «nem combate houve» (1).

Pero donde se despachan á su gusto los historiadores brasileros es en todo lo que se refiere á la batalla de Ituzaingó. Otro abuso de la superioridad del número, como en Sarandí, á pesar de que en tan poca cuenta tenía esa superioridad el marqués de Barbacena antes del día de prueba, que en estos términos de su proclama del 17 de Febrero, anunciaba á sus tropas una próxima visita á la capital de la nación enemiga: «á victoria é certa; na cidade de Buenos Aires vingaremos as hostilidades comettidas nas pequenas povaçoes de Bage é San Gabriel.» No fué posible el viaje; la lucha resultó muy desigual; ya se ve, apenas 5007 hombres del ejército brasilero contra un ejército de más del doble, ¡¡¡pues se componía el argentino de 10557!!!

Estas fueron las fuerzas que se mi-

(1) Esboço Biographico, etc., página 117.

dieron en el «Passo do Rosario», ¡pues ni siquiera quieren que se hable de Ituzaingó!

Las cifras apuntadas resultan de los cuadros detallados que se levantaron con documentos oficiales, en una investigación que hizo el Instituto Histórico el año 1854, con un cuestionario que después del debido estudio, examen de antecedentes é informaciones, fué evacuado por el marqués de Caxías.

Respondiendo á las preguntas 8.ª y 9.ª dice: «A força numérica do exercito argentino era de 10,557 praças contra 5,007 de que se compunha ó imperial: á perda d'aquella foi de muito mais de 1,000 homens, porque 1,710 é á differença de dous mappas, um do dia da batalla é outro de 22 de Abril seguinte apanhado en Bagé; sendo evidente que á do imperial foi de pouco mais de 200» (1).

Acompaña el marqués de Caxías, con el detalle minucioso de cuerpo por cuerpo, el efectivo de los ejércitos, con designación de sus jefes; y es excusado decir que si los del ejército argentino resu-

---

(1) Revista trimensal citada, tomo 23, página 573.

citasen se alegrarían de encontrar sus cuerpos tan aumentados: á D. Manuel Oribe le remontan el regimiento N.º 9 á «560 praças» (1), y dotan al coronel Iriarte con «24 peças», llamándolo Zuarte! (2).

Por estas verídicas referencias, se puede juzgar de lo demás. *Ab uno disce omnes!*

El general Costa Barros Fonseca, que había figurado como teniente de caballería en Ituzaingó, informa que «ó exercito brazileiro apresentou em batalha cinco mil é tantos homens contra nove mil» (3).

Del conjunto de todo lo que hemos estudiado en la documentación brasilera, de tan gratas esperanzas para el Doctor Ramírez como medio de no dejarnos embaucar por los informes argentinos y uruyuayos, lo que resulta es el propósito

(1) De cuatrocientas plazas se componía el regimiento N.º 9 al comenzar la campaña del Brasil; pero las bajas por deserción y enfermedades y por los muertos y heridos en combates de vanguardia, lo redujeron, el día de la batalla de Ituzaingó, á un efectivo de poco más de trescientos hombres.

(2) Revista trimensal, tomo 23, página 576.

(3) Revista trimensal, id., id., página 579.

invariable de disminuírnos las glorias, siempre que no puedan negarse en absoluto; aumentar como regla fija nuestras fuerzas cuando resultan vencedoras, para explicar el triunfo por la superioridad numérica, y cuando resultan vencidas para afirmar que no obstante aquella ventaja debe reconocerse el mayor denuedo de los enemigos victoriosos.

Ituzaingó no fué batalla ganada simplemente por la enorme superioridad de fuerzas que le suponen á Alvear: hubo todavía otras ventajas, según los informes brasileros.

Una inspiración charrúa ó pampa ordenó el incendio del campo, de modo que según el viento reinante confundiese al ejército enemigo y lo abrasase. «O general inimigo, vendo que ó vento lhe era favorabel, lançou fogo ao campo intermedio entre um é outro: ó fumo, as labaredas, isto ao punto do meio dia, abrasaram ó nosso exercito» (1).

Y no fué esto sólo: á la superioridad del número y la barbarie del incendio,

(1) Memorias do Vizconde de San Leopoldo.—Revista trimensal, tomo 38, parte segunda, página I.

agregó el general Alvear la mala partida de dejarlos sin bagages ni municiones para abusar todavía más de sus ventajas!

«Um militar que assistiú a acçao, informoume, que nao foi tanto ó fogo que obrigou á retirada, mas á falta de muniçoes», dice el vizconde de San Leopoldo, y agrega: «O general embebido no seu principal fito, nao tinha prevenido á guarda do bagagem; é ó inimigo, que no meio da acçao viu vir descendo ó comboi de uma altura, destacou força que facilmente é sem resistencia de elle se apoderou: assim se tomaram muniçoes, bagagens, archivos militares, emfin tudo. O soldado ficou n'um momento sem fardamento, desde ó general ate ó tambor, senao aquelle fato que tinha no corpo, e sem mais muniçoes que as que tinha na cartucheira» (1).

El coronel aleman Saweloh coincide con el vizconde de San Leopoldo sobre la falta de municiones y el incendio. «Eu me dirigi á cavallo com ó general em chefe para ó fundo do valle, oude estava

(1) Memorias do Vizconde de San Leopoldo.—Revista trimensal, tomo 38, parte segunda, página II.

á infanteria de nossa primera divissao: quando para ahí nos dirigíamos chegounos á noticia que touda á bagagem estava perdida é cortada á retirada, que touda á regiao coberta de vegetaçao estava en fogo, é nos completamente perdidos »; y continuando su relato dice: « perdemos toda á bagagem, as boiadas, cavalhadas, carros hospital, caixa militar, tudo emfin; mas ó que tornava todas as perdas mais sensiveis, era que nos tinham sido tomadas as muniçoes; á infanteria nao tinha mais un cartuxo; uma carreta con muniçoes que salvamos perto do campo de batalla, podía fornecer alguna muniçao para á infantería, mas en vez dos cartuxos so encontramos polvora; nao se podía mais pensar em resistencia; nossa situaçao era bem triste » (1).

La misma importancia que los citados escritores, da al detalle del incendio del campo el señor Machado D'Oliveira, que fué secretario militar del ejército mandado por el marqués de Barbacena. « O in-

(1) Remíniscencias da campanha de 1827, pelo coronel A. T. de Seweloh,—traducido do allemao—Revista trimensal do Instituto Histórico,—tomo 37, páginas 436 y 438.

cendio em breve generalisou-se é lavrou por todo aquelle sitio tornando-o intransitavel; ó que foi bastante em proveito do inimigo, que, alemde po-lo defeso pela frente, achando-se elle á balravento do incendio, fumo que este lançaba, ó encubría as vistas do exercito, é como que mascara suas evoluçoes » (1).

Todas las referencias brasileras son, como se ve por las citas que hemos hecho y fácilmente podríamos aumentar, tendentes á la demostración de que se perdió la batalla de Ituzaingó (2) porque los argentinos y uruguayos pelearon más de dos contra uno, por el incendio del campo, y porque dejaron á Barbacena y Brown sin municiones.

(1 Recordaçoes historicas que se prendem especialmente á campanha de 1827 &. &. por F. J, Machado D'Oliveira, secretario que foi do mesmo exercito. Revista trimensal tomo 23, página 546.

(2) Niel nombre siquiera aceptan. «Ignoro á causa porque os argentinos deram ó nome de Ituzaingó á batalha do 20 de fevereiro de 1827, quando nao me consta que haja arroio d'esse nome nó campo da batalha, que desague no Santa Maria; aproveitando tal vez alguma antiga tradiçao para facer mais celebre este nome. Sou informado que non pasa de um sangao.» (Memorias do Vizconde de San Leopoldo, ya citadas).

Y ya se ve á todo lo que queda reducida la documentación brasilera sobre Ituzaingó: á aumentar las fuerzas del enemigo de una manera escandalosa, y disminuir las propias en la misma proporción; á hacer un cargo del legítimo ardid de guerra que revela la viveza del general que eligió un campo que podía incendiar en perjuicio del enemigo, y á lamentar la pérdida de bagages y municiones que, desde que se tomaron en buena lid, constituyen uno de los más hermosos episodios de la batalla y un título legítimo de orgullo para quienes las arrebataron á viva fuerza de las manos que no tuvieron la fortaleza ó la suerte de haber sabido defenderlos.

¡Ojalá hubiera contado el general Alvear en vez de sus 6,200 los 10,557 soldados que con toda precisión han levantado los escritores brasileros, para remontarle su ejército. No serían nuestros límites por el Norte los que nos dividen del Brasil en la actualidad, ni tendríamos nada que negociar sobre la navegación de la Laguna Merím y el Yaguarón!

No son los archivos brasileros los que han de darnos «preciosos elementos para

revisar y reducir á su justo valor las tradiciones populares que ha dejado en los pueblos del Plata la victoria hiperbólicamente cantada por D. Juan Cruz Varela,» según lo cree el Dr. Ramírez.

Será el de Ituzaingó un triunfo hiperbólico en el concepto de los que acudan á las fuentes del enemigo en busca de la verdad. Para los argentinos y uruguayos será siempre una de las más estratégicas batallas de la América del Sud, un timbre eterno de gloria para el ejército republicano que la dió y venció en ella bravamente, y el punto de partida de nuestra nacionalidad, por la paz á que obligó al Brasil la derrota y desmoralización de su ejército. Quedó éste tan descalabrado é iba, en efecto, con tanto temor de ser perseguido, que la noche que siguió á la batalla cambió de campamento, por las dudas, sin orden del general en jefe, y con tanto sigilo que no fué chica la «surpreza quando ao clarear do dia seguinte achou-se ó general só naquelle sitio é unicamente rodeado do seu estado maior; pois que ó exercito, tomado algum descanço, continuou em sua marcha de ordem do chefe do estado maior, sem que fosse

isso de intelligencia com ó general em chefe» (1).

Y no se crea que la exageración apuntada se refiere únicamente á la campaña del general Alvear por odio á los argentinos. Como se ha visto respecto de la batalla de Sarandí, igual consideración ha merecido el general Lavalleja; y, como se verá en seguida, á Artigas y sus tenientes les alcanzó siempre la gloria de ser fácilmente derrotados por fuerzas inferiores.

Tienen los brasileros publicada una enormidad de material sobre la guerra de los portugueses y el caudillo uruguayo.

Mucho hemos encontrado y aprendido leyendo con detención, y á beneficio de inventario, los documentos portugueses y brasileros; pero aun destarando lo que de la rigidez de la disciplina, y la competencia militar y la táctica deba tenerse en cuenta para que una pequeña fuerza triunfe de otra más numerosa, la verdad es que así y todo, los informes sobre los combates con el caudillo uruguayo, á no ser falsos como los de las batallas de

(1) Recordaçoes históricas por Machado d'Oliveira, ya citado.—Revista trimensal, tomo 23, página 560.

Sarandí é Ituzaingó, poco derecho nos darían á honrarnos con el temple de los «árabes del Corán que lleva Artigas,» según la expresión de Sienra Carranza.

A la prueba nos remitimos con un ejemplo.

Como apéndice núm. 27 á una interesante «Memoria da Campanha de 1816» por Diego Arouche de Moraes Lara, viene un cuadro de las respectivas tropas que actuaron en las batallas de aquel año, y resultan Artigas y sus tenientes generalmente derrotados por tropas inferiores en número.

Véase el detalle siguiente (1):

Acción de Santa Ana:

Tropas portuguesas de caballería.	330
Tropas enemigas de caballería é infantería.	600

Acciones del 21 de Septiembre y 5 de Octubre:

Tropas portuguesas de caballería, infantería y artillería.	653
Tropas enemigas de Andrés Artigas	2,000

(1) Revista trimensal, tomo 7, página 319.

Sitio de San Borja:	
Tropa portuguesa	200
Tropa sitiadora	2,000

Acción de Ybiraocai:	
Tropas portuguesas . . .	480
Tropas enemigas	800

Acción de Carambé:	
Tropas portuguesas . . .	760
Tropa mandada por Artigas	1,500

Acción del Arapey:	
Tropas portuguesas . . .	600
Tropa mandada por Artigas.	800

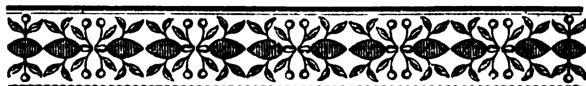
Acción del Catalán:	
Tropas portuguesas . . .	2,400
Tropa mandada por Latorre	3,400

Concedemos, pues, que será un escritor deficiente el que se ocupe de nuestros anales sin estudiar la literatura histórica del Brasil; pero al mismo tiempo pensamos que debe tomársela con cautela, sin darle desde luego una superioridad absoluta sobre la que de buena fe se produzca por eruditos y personas de conciencia en el Río de la Plata.

Respecto de Ituzaingó principalmente hay que andar con mucho cuidado. Es el dolor de los dolores para los que en el Brasil escriben de historia. Así se explica que á los niños les enseñen en la escuela que en la célebre batalla «nao se pode dizer que os brasileiros foram vencidos» (1).

---

(1) Epitome da Historia do Brazil, por José Pedro Xavier Pinheiro. Adaptado para uso das aulas públicas do ensino primario.—Tercera ediçao, página 340.



IV

EL TRAJE DE GALA

«No sería difícil demostrar—dice el Dr. Ramírez—que según la tradición oral, el ejército republicano entró en batalla con gran traje de parada».

Con tradición y sin tradición, replicamos, es fácil demostrar que el ejército no tuvo, ni siquiera podía tener, uniforme de parada.

Que no tuvo lo hemos demostrado con argumentos incontrastables en las páginas 48 y siguientes del folleto «Los

Treinta y Tres», hasta llegar á esta síntesis en la página 52: «que casi no lo tenía de ninguna clase». Que no podía tenerlo es evidente, desde que no se le dió, como lo hemos explicado en la página 50; y no se le dió, no sólo por razón del gasto que habría representado, máxime en tiempos de penurias financieras, sino también porque la ley vigente entonces impedía que se le diese.

«Habrá un solo uniforme para cada una de las armas de que se compone el ejército», dice el art. 1.º del decreto de Julio 5 de 1826 (1). Cuando las leyes establecen dos uniformes, uno de gala y otro de diario, los determinan y especifican, como sucede actualmente entre nosotros según el Reglamento aprobado en 5 de Diciembre de 1888 (2), y como sucedió antes con la Escolta de D. Gabriel Pereira, á la cual, en el decreto de Noviembre 8 de 1858, se la dotó, por el art. 2.º, de un

(1) Recopilación de las leyes y decretos promulgados en Buenos Aires desde el 25 de Mayo de 1810 hasta fin de Diciembre de 1835.—Buenos Aires, imprenta del Estado; 1836.—Segunda parte, página 806.

(2) Colección Legislativa de Alonso Criado; tomo 11, segunda parte, página 280.

uniforme de parada, y por el art. 3.º de otro de diario (1).

Que han circulado testimonios falsos sobre el imaginario traje de parada en Ituzaingó, lo sabemos; pero la tradición seria es otra.

El historiador Saldías invoca á cada paso en el capítulo relativo á Ituzaingó, referencias verbales de actores en la batalla, como los generales Espejo y Frías, y testimonios públicos del general Angel Pacheco, del cirujano del ejército Muñiz, de Chilavert y de otros, y dice «que el ejército escaseaba de todo», que Alvear no podía «ni siquiera abastecer con lo indispensable á sus soldados» (2).

¿Habría dicho eso de un ejército que además del uniforme de diario tuviese otro de gala para el día de la batalla?

El mayor Arrieta, que cita el Dr. Ramírez, no dice precisamente que el ejército tuviese traje de parada, pero sienta inexactitudes como la de soldados «puntualmente pagados» en contra de lo que

(1) Colección de leyes de la Administración Pereira, por Justo Maeso, página 490.

(2) Saldias —Historia de la Confederación argentina, tomo 1.º, segunda edición, página 249.

afirmó el coronel Dorrego en un documento indiscutible en ese punto y que hemos invocado en la página 49 del folleto, Los Treinta y Tres. En cuanto á los «Recuerdos» del coronel Todd sobre que en Ituzaingó pelearon algunos cuerpos republicanos con traje brasilero, no hace más que confirmar lo mismo que dijimos nosotros en aquel folleto, página 51, y que excluye por consiguiente el traje de parada del ejército, que, en cuanto pudo, remedió su desnudez y miseria con los uniformes del enemigo.

Padece error nuestro ilustrado y sutil contrincante al decir en pos de la cita del mayor Arrieta «que si la batalla se hubiere dado en el Arroyo Grande, en Diciembre de 1826, poca amplificación habría habido, al decir que el ejército republicano combatió vestido de gala.» Algo más que amplificación habría habido: creación fantástica de lujos no autorizados por la ley ni consentidos por las penurias del erario. Si la batalla se hubiese dado en el Arroyo Grande, lo más que podría pretenderse es que el ejército republicano habría combatido con traje nuevo y limpio, pero con traje de diario,

que fué el único que le dió el Gobierno de Rivadavia, sin poder darle otro.

Así, pues, en lugar de decir el Dr. Ramírez «que en este punto acepta en parte nuestras opiniones», debió aceptarlas *in totum*.

Que Alvear fuera aparatoso y le gustase el lujo deslumbrador, convenido; pero á condición de tener con qué ostentarlo. Más aparatosos que Alvear y que cualquier general argentino, son los brasileros, por nacionalidad y por carácter, y sin embargo, como en materia de lujo las cosas no andaban mejor en el ejército enemigo, el coronel Seweloh se encontró en Camacuá con que los soldados parecían bandidos: «ao seu acampamento á margem direita do Camacuam, acho tudo na maior actividade, muniçoes, bagagens em luta com as maiores difficultades nas cabeças de soldados nus que pareciam ladroes» (1).

Creemos que en cuanto á la tropa, por lo que hemos expuesto en el folleto LOS TREINTA Y TRES y agregado ahora, no pue-

---

(1) Reminiscencias citadas.—Revista trimensal, tomo 37, parte primera, página 417.

de quedar duda de que su uniforme de gala debe relegarse al olvido, como tradición igual en exactitud á la de los cuadros rotos por la caballería del ejército republicano.

El Dr. Ramírez piensa que aun cuando la tropa no estuviese vestida de gala bien podían estarlo los jefes, y hace con este motivo dos citas, del coronel Lacasa la una y del señor Fregeiro la otra. Juzgamos ambos testimonios inconsistentes, y lo vamos á demostrar.

La circunstancia de decir el Dr. Ramírez, sin explicar época, que el coronel Lacasa fué ayudante de campo del general Lavalle, podría inducir al error de suponer que era ya su ayudante en la campaña del Brasil y que se trata por lo tanto de un testigo ocular. No es así, sin embargo: fué su ayudante solamente en la guerra civil y comenzó su carrera militar recién el año 1839, como puede verse en la introducción del tomo de sus poesías y escritos (1).

Aunque simple testigo de oídas, ¿será verídico? Nada menos que eso. La cita del

(1) Poesías y escritos del coronel Pedro Lacasa.—Buenos Aires, 1870; página 5.

Dr. Ramírez no dice sino que Alvear iba «seguido de su lujoso Estado Mayor», y bien puede un jefe ser lujoso sin llevar precisamente uniforme de gala. Reconocemos no obstante que lo que ha querido decir Lacasa, es que el Estado Mayor iba vestido con aquel uniforme, por que tres renglones antes de afirmar eso, ha dicho la mentira de que el ejército todo estaba «vestido de gran parada» (1).

Y como creemos que es un punto fuera de discusión que la tropa no tenía ni podía tener más que su raído uniforme, sucio y descolorido, es fácil alcanzar que es una falsedad la del coronel Lacasa cuando afirma lo contrario. Y si como dice el Dr. Ramírez, «recogió ese coronel durante largos años las confidencias militares de Lavalle», es de presumirse que las haya olvidado por lo que respecta á Ituzaingó, porque fué justamente la división del héroe de Río Bamba, una de las que aprovechó los vestuarios brasileros que llevaba puestos el día de la batalla, según lo hemos comprobado en

(1) Vida militar y política del general D. Juan Lavalle, escrita por su ayudante de campo D. Pedro Lacasa.—Buenos Aires, edición de 1870, página 72.

la página 51 del folleto Los TREINTA Y TRES en conformidad con el testimonio del coronel Todd, aceptado por el Dr. Ramírez, y que afirma que un gran número de oficiales y soldados llevaban trajes de los que tomó Alvear en los depósitos de Bagé y San Gabriel. Y claro está que si el coronel Lacasa vestía de uniforme de gala á la tropa, poca fe debe merecer su testimonio al vestir también â los jefes.

El otro testimonio que cita el Dr. Ramírez, es respecto del coronel Brandzen, en un artículo que publicó nuestro erudito compatriota D. Clemente L. Fregeiro en 1887, en el folletín de *La Patria*, diario de Buenos Aires.

No conocíamos ese artículo, aunque sí la competencia del señor Fregeiro para tratar materias históricas; pero desde luego nos llama la atención la semejanza entre el párrafo transcripto por el Dr. Ramírez y otro de la Biografía de Brandzen, escrita por D. Agustín F. Wright (1).

(1) D. Agustin Francisco Wright era un caballero argentino Su carácter firme le valió una tenaz persecución de Rosas, por no haberle votado las facultades extraordinarias, y murió emigrado en Montevideo. Fué autor de varias obras, y entre ellas de una

Pongamos frente á frente los dos textos:

Texto de Wright.

«Debajo de una nube de balas conducía impávido sus soldados, cuando recibió las dos primeras en el pecho: no se desalentó por eso; llevó la mano á las heridas, las oprimió y siguió adelante. Muy pronto recibió otras heridas y cayó muerto, cubierto con las insignias de su clase y con todas las condecoraciones americanas y europeas que había ganado en sus campañas (1).

Texto de Fregeiro, citado por el Dr. Ramírez.

«Un momento después dos balas le atravesaron el pecho sin derribarlo. Avanzó sin embargo tan impávido como al principio; pero recibe nuevas heridas y cae muerto, ***vestido de gran parada***, cubierto con todas las insignias de su clase y con todas las condecoraciones americanas y europeas que había ganado en sus campañas».

Excepción hecha de la modificación del estilo en los comienzos del párrafo de Fregeiro y del injerto del «vestido de gran parada», los dos textos son iguales. Pero nos atenemos al de Wright, que escribió durante el sitio de Oribe en una ciudad como Montevideo llena entonces de jefes y

crónica histórica del sitio de Montevideo, y de que sólo salió el primer tomo. Es obra que interesa, muy buscada, y hoy bastante escasa. Se publicó anónima en 1845, y lleva por título: «Montevideo—Apuntes históricos de la defensa de la República».

(1) Colección de memorias y documentos por Lamas, página 581.

oficiales que habían hecho la campaña del Brasil, y que le habrían indicado al biógrafo el traje del heróico Brandzen, si el de gala hubiese sido el que llevara en el momento de su gloriosa muerte.

El párrafo citado por el Dr. Ramírez es el mismo de Wright, corregido en su principio el estilo, quedando, al final, como estaba. Sobre esto no cabe duda. Y lo que conjeturamos es que el señor Fregeiro haya creído que las insignias y condecoraciones sólo quepan en el uniforme de parada, por lo cual, atribuyendo á omisión injustificable de Wright la de silenciar aquel traje, la haya subsanado por su cuenta.

Las condecoraciones caben, sin embargo, en un traje militar que no sea el de gala; y nos ayuda en esta indiscutible afirmación la iconografía: es muy general ver retratos europeos y americanos de militares de la más alta graduación con sus condecoraciones sobre los trajes de diario. La cruz de hierro, en Alemania, es la condecoración más apreciada, y puede verse en los retratos de Bismark y de Caprivi sobre qué uniforme la usan.

Podía, pues, el coronel Brandzen haber

muerto con todas sus medallas y cruces sin estar precisamente vestido de parada.

Admitiendo el Dr. Ramírez que todos los cuerpos del ejército no estuviesen vestidos así, pregunta: «pero ¿se deduce de ahí que los jefes no podían ostentar en la batalla el uniforme lujoso que para ese día hubiesen reservado? Entre esos jefes estaban Lavalle, Brandzen, Garzón, Alegre, Olavarría, Pacheco, Zufriátegui, los Olazábal, los Oribe y otros que por razón de escuela militar y de origen social tenían el hábito y el gusto de los uniformes de lujo».

Como en la ópera de Rossini, *non faciamo confuzione.*

Descarte el Dr. Ramírez de su lista á D. Juan Zufriáteguy y los Oribes, y encontrará que todos los otros jefes que cita, habían pertenecido á los ejércitos de San Martín, de Bolívar ó de Sucre, y algunos de ellos tuvieron la gloria de servir con los tres grandes capitanes.

Eran beneméritos de la orden del Sol, recibieron condecoraciones hasta con brillantes, habían gozado de las delicias de Capua transportadas á Lima en la época en que por la munificencia de

los jefes supremos se les votaban concesiones de tierras y sumas de dinero fuera de sus sueldos. En los toros, en los teatros, en las recepciones semanales del Palacio del «Protector,» en las aventuras con las «tapadas» de «ojos negros é irresistibles» según uno de los actores que cuenta con detalles todos los entretenimientos de aquellos días en «el paraíso de las mujeres,» *the heaven of women* (1), es evidente que les era indispensable el lujo de los trajes.

Son conocidas también las fiestas en Guayaquil (2) y en Caracas (3), y no era del todo mala la vida en la culta sociedad de Buenos Aires. Los jefes de Maipú, de Junín, de Pichincha y Ayacucho, que habían libertado un mundo, bien podían tener y tenían los hábitos y gustos que el Dr. Ramírez les reconoce; pero ¿qué relación hay entre ellos y Don

(1) «Memoirs of general Miller»,—vol. 1.º, página 391 y siguientes.

(2) Mitre—Historia de San Martin—Tomo 3.º página 616 y siguientes.

(3) Ducoudray-Holstein—«Histoire de Bolivar» continuée par Viollet.—Tomo 1.º, página 122.

Manuel Oribe, el sargento mayor del pueblo desgraciado que con el último fogonazo de Ayacucho, no vió alumbrada la libertad como los ¿demás pueblos americanos?

Mientras los jefes que el Dr. Ramírez cita festejaban triunfo sobre triunfo, Oribe veía á su país presa del extranjero ó de la anarquía y el caudillaje. Un día abandonaba á Artigas, otro conspiraba como miembro de la «sociedad de caballeros orientales», ó entraba en combinaciones con los portugueses de D. Alvaro da Costa, para servir en las guerrillas contra la vanguardia de los brasileros de Lecor, comandados por Rivera.

Después de esta azarosa vida viene en la cruzada de los Treinta y Tres con el traje que tiene de todo menos de militar, y que el eximio pintor Blanes ha encontrado en la tradición que inspiró su tela.

Los antecedentes, pues, que explicasen el lujo de Lavalle, de Brandzen, de Garzón ó de Alegre, no serían los mismos que podrían aplicarse á D. Manuel Oribe.

Sargento mayor á principios de 1825, iniciado apenas con el primer grado en el escalafon de los jefes, es Teniente Coronel

en Septiembre del mismo año (1), y Coronel en Marzo de 1826 (2); de modo que habría necesitado tres trajes de parada, según los tres empleos militares que desempeñó durante la campaña del Brasil.

Que llevasen el suyo los jefes argentinos que lo tenían, viniendo en un ejército de línea de las tres armas, bien se comprendería; pero el jefe en una revolución popular, que va ganando sus grados poco á poco, disciplinando milicias ciudadanas que por un abuso se convierten después en regimiento de línea, casi podría ser acusado de puerilidad si en tales circunstancias, se hubiese ocupado de mandar continuamente á Buenos Aires por charreteras y entorchados correspondientes á los tres empleos que sucesivamente obtuvo.

Persistimos en creer que no recargó nunca con tales estorbos D. Manuel Oribe su ligero bagaje de jefe de caballería.

En la vanguardia siempre, obligado á pasar arroyos á nado, y á dormir bajo

(1) Catálogo de la correspondencia militar del año 1825; página 73.

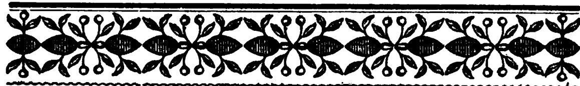
(2) Catálogo id. id. de 1826, página 71.

lluvias torrenciales, no es creíble que fuese una de sus preocupaciones el uniforme de parada, que no es muy fácil cuidar para un jefe de caballería; lo cual explica que no resultase tampoco muy elegante como lo hemos observado antes, según testimonio del coronel Seweloh, el traje que llevaban los brasileros, obligados á lo mejor á cruzar un arroyo en esta forma el 31 de Enero de 1827: «A artilheria sobre botes de couro, á cavalleria á nado é á infanteria com as muniçoes á cabeça, é com agua pelos peitos» (1).

Para reforzar su argumentación en este punto, agrega el Dr. Ramírez: «Hasta en nuestras últimas guerras civiles, en medio de los mayores apremios, nuestros jefes de buen tono sabían guardar y reservar prendas vistosas para un día de pelea». Pueden tenerse prendas vistosas fuera del uniforme de parada; y no es eso lo que discutimos; pero podemos garantir que aun cuando en tiempo del general Santos el ejército estaba dotado de un

(1) Reminiscencias del coronel Seweloh.—Revista trimensal; tomo 37, página 419.

lujoso uniforme de parada, no lo llevó á campaña en la revolución de 1886, y nadie vió con charreteras ni al general que lo mandaba ni á ninguno de los demás jefes.



V

EL DOCUMENTO

En su primer folletín, después de una argumentación hábil que juzgarán en su alcance práctico los que sigan esta discusión, el Dr. Ramírez, para terminarla en pro de su tesis de decisiva manera, exclamó: «Se exigirá un documento, un testimonio irrecusable de persona que asistiese á la batalla y que merezca fe. Presentaremos ese testimonio».

No estamos muy dispuestos á conceder que documento y testimonio sean términos equivalentes; y por eso, ante su promesa,

lo primero que pensamos fué que hubiera hallado una orden del día, un apéndice al boletín del ejército, una censura del superior por disparar, ó un elogio auténtico, en la versión de que quedó solo cuando todo el regimiento huía.

Pero el documento resulta el párrafo de una «Memoria» que habla sobre la más descomunal de las disparadas: el testimonio de persona que no vió el episodio y que comenta una especie vergonzosa que circuló en el ejército contra el coronel Oribe.

«He ahí, exclama el Dr. Ramírez, la prueba auténtica del origen de la leyenda oral. Un jefe de Ituzaingó partidario y amigo personal de Oribe, da fe de que Oribe llevaba charreteras en aquella batalla por el solo hecho de admitir que las tiró diciendo «que no quería mandar á soldados que huían».

No concebimos que se puedan arrojar charreteras que no se lleven; pero tampoco nos explicaríamos cómo sin ellas podría inventarse la leyenda de que las tiró; y entonces lo que se comprende son ambas invenciones, pues que para darle al acto el tinte de cobardía que le atribuyó el

ejército según el testimonio del general Díaz, nada podía suplir á las charreteras: las espuelas, porque sirven para aguijonear al caballo en su carrera; el kepi, porque puede caerse fácilmente y, además, descubre la frente y la cabeza con aumento del peligro de las balas.

El Dr. Ramírez encuentra en los vínculos amistosos del general Díaz y de Oribe una prenda de verdad en la especie vergonzosa para el último revelada por el primero. No nos ha dado la comprobación, sin embargo, de que la amistad datase de la época en que pudieron escribirse las «Memorias», ni hase puesto en el caso de una revisión si las hubiese el general Díaz publicado en vida. Por esas reacciones en el que escribe, y por lo que se modifica siempre por su autor un libro en el momento en que se da á la prensa, sabe el Doctor Ramírez que en el mundo literario es casi axiomática la desconfianza por las obras póstumas.

¡Las Memorias! No hay género de narración que suscite más controversias, rectificaciones y apasionamientos.

Miller, uno de los más bravos y meritorios generales de la independencia de

América, hizo escribir por su hermano John su vida militar. Es libro siempre citado por amigos y adversarios como fuente útil, y que no han desdeñado consultar ni el general Mitre en muchas de sus obras, especialmente la última sobre San Martín ni el historiador español García Camba (1). Y sin embargo, no bien aparecieron las «Memorias de Miller» cuando se desató una lluvia de rectificaciones y hasta invectivas de sus más conspícuos compañeros de armas; un día era el general Enrique Martínez, otro el general O'Brien, hasta que viéndose acosado de todas partes tuvo el propio Miller, según se cuenta, que hacer una especie de desconocimiento de la autenticidad de aquellas «Memorias» en carta autógrafa que existe en Buenos Aires. (2) Y sin embargo, son memorias benévolas, auténticas, escritas por un hermano del general, con los documentos que él le remitía, entre ellos el

(1) «Memorias para la historia de las armas españolas en el Perú» por el general Camba. Tomo 1.°, introducción, página VI.

(2) Carlos María Ramírez.—Artigas; página 206.

«diario» de su vida que llevaba (1); fueron traducidas por su íntimo amigo, el infortunado cuanto noble general español Torrijos, que invoca esa amistad como uno de los motivos de la traducción (2).

¿Quién ignora que la publicación de las «Memorias póstumas del general Paz» en 1855, produjo un verdadero desencadenamiento de criticas acerbas, por vía de rectificación unas, de absoluta repudiación otras?

Es toda una literatura crítico-militar, en libros, folletos, artículos de periódicos y cartas. Encontrándose en ese cúmulo de documentos de jefes y oficiales que protestan, recriminaciones quellegan hasta la calumnia y el desconocimiento de los méritos positivos y sobresalientes de uno de los primeros soldados argentinos.

Lamadrid, con ayuda de otros militares escribió un libro, de 407 páginas, destinado á rectificaciones desde las campañas del

(1) Memorias de Miller, traducidas por el general Torrijos; prólogo, p. X.

(2) Id. id. página XIX.

general Belgrano hasta la guerra con Rosas (1).

El general Iriarte, coronel en Ituzaingó, y jefe en esta batalla de la artillería del ejército republicano, no se quedó atrás de Lamadrid. Publicó un folleto en que por el tono en que empieza podrá juzgarse del resto :«No hay una sola página en las Memorias póstumas del general D. José María Paz, que no esté impregnada de hiel y de mordacidad. No hay una sola persona que, una vez nombrada en ese escrito, aun con el más insignificante motivo, no sea objeto de la cáustica é incisiva censura lanzada sin miramiento alguno por el finado general,—que Dios haya perdonado».

Da sus razones el general Iriarte para llegar á la conclusión de que «ha creído hacer un verdadero servicio á su país desacreditando las Memorias del finado general Paz» (2).

(1) Observaciones sobre las Memorias póstumas del Brigadier General D. José M. Paz, por el general D. Gregorio Araoz de Lamadrid y otros jefes contemporáneos.—Buenos Aires, 1855.

(2) Ataque y Defensa y juicio sumario de las Memorias del general Paz por el general Tomás Iriarte Buenos Aires 1855, página 51.

¿Cree en conciencia el Dr. Ramírez que si se hubiesen publicado en vida de don Manuel Oribe las Memorias del general Díaz, no habrían suscitado una rectificación enérgica, sin duda alguna violenta, del jefe del Regimiento N.º 9? ¿Cree que no hubiesen protestado de igual manera los oficiales de ese cuerpo, por la huída de que se les acusa?

¿Cómo, pues, exhibir, á título de documento irrefutable, el detalle de unas «Memorias» que hubiese sido desmentido seguramente por Oribe y sus oficiales, alguno de los cuales, como Aguiar, llegó á general, y no habría visto de buen grado que se le exhibiese cobardeando en Ituzaingó?

El General Díaz, de memoria respetable, de servicios indiscutibles, de méritos reconocidos, ¿habría escapado á las rectificaciones que llovieron sobre Miller y sobre Paz?

Y no es que Paz, Miller y Díaz se propusiesen calumniar á nadie, sino que en sus apuntes de campamento se han hecho muchas veces eco, sin quererlo y acaso sin medir su alcance, de esos celos y emulaciones y envidias que devoran la reputación de los ejércitos.

El general Díaz servía en la infantería, de segundo jefe en el batallon 5.º que mandaba el coronel Olazábal (1). Se hallaba en un cuerpo de ejército distinto á aquel en que estaba el coronel Oribe; luego, no pudo ver, ni vió nada, de lo que pasaba en la caballería; y lo que cuenta en sus «Memorias» no es más que la especie circulante y desfavorable al coronel Oribe sobre su conducta en la batalla. Testimonios como ese se encontrarán muchos; repetidos de buena fe, y revestidos del prestigio que les da la honorabilidad de las personas intachables que los ponen en circulación, sin que ninguna de ellas diga «yo lo ví», ó «se consignó en un documento oficial». Con sus historiadores á la cabeza, y los

(1) Los documentos oficiales argentinos, sin excepción, dan como gefe del batallón 5.º al coronel Olazábal,

Los informes brasileros ponen alternatívamente los nombres de Olazábal y de D. Antonio Díaz, sin afirmar cuál de los dos mandaba dicho batallón. Véase Revista trimensal citada, tomo 23, página 576; y A. D. de P. Apuntes para la Historia de la R. O. del Uruguay, tomo 1.º página 296.

D. Eduardo Acevedo Díaz sostiene con referencia á las «Memorias» de su abuelo el general Díaz, que éste era el comandante del batallón, y que el coronel Olazábal era el jefe superior de la infantería.

recuerdos militares de sus generales, algunos millones de franceses han afirmado que el número los ahogó en Waterloo, y lo siguen creyendo.

D. Manuel Oribe, como todo hombre de su espectabilidad y sus pasiones, tenía amigos y enemigos entre los superiores á cuyas órdenes servía; ¿por qué los unos no han hecho pública su conducta para deshonrarlo, ó los otros para enaltecerlo en los documentos oficiales que redactaban?

Convertido pues el *documento* en la simple referencia de un testigo de oídas, no le dará ni quitará mérito á las «Memorias» del general Díaz, el episodio triste que consigna sobre la vida militar de Oribe. Y no le dará ni le quitará, porque ha de suceder con esas «Memorias» lo que ha sucedido con todas las obras literarias de su clase, que son útiles en su conjunto y en lo que refiere el narrador haber visto; tomándose á beneficio de inventario en todo lo demás.

Las Memorias de Paz, tan desmentidas y anuladas en muchos de sus detalles, son fuente imprescindible en la Historia Argentina.

A la leyenda de la huída personal del coronel Oribe, oponemos la tradición constante de su valor temerario en todos los terrenos: en el campo de batalla y en sus responsabilidades históricas ante el Tribunal de la posteridad. Oribe, huyendo á vista y paciencia de un ejército entero, no está en el recuerdo de nadie: ¡no encontrará adherentes esa nueva faz de la leyenda!

No será tampoco Mr. Alfred de Brossard quien traiga contingente de peso en esta discusión, aunque el Dr. Ramírez, tomando tres líneas más arriba la cita que ha hecho con los reproches de Rivera, actor en la batalla de Ituzaingó, incluyese en el párrafo transcripto los juegos infantiles de D. Manuel, que según diceres de que se hace eco el señor Brossard «se complacía, como Domiciano, en empalar moscas y decapitar pajaritos» (1).

Nada de extraño tiene que Mr. Brossard recogiese el episodio de las charreteras y complicase en él á Rivera como testigo presencial. Puede verse «El Comercio del

(1) Brossard.—Considerations historiques et politiques sur les Republiques de la Plata.—Paris, 1850; página 175.

Plata» del año 1851 (1), en que llegó la obra aquí, y en él se encontrarán rectificaciones sobre puntos de importancia tratados con suma ligereza y sin conocimiento serio del asunto, por el joven diplomático francés.

En el supuesto de que nosotros hubiésemos sostenido que D. José P. Pintos inventó el episodio de las charreteras en sentido favorable á Oribe, el Dr. Ramírez sienta que su sentido adverso era también conocido por los Defensores de Montevideo, y al efecto cita dos artículos de Don José Mármol, comentando el hecho como si hubiese estado en el secreto de las Memorias inéditas del general Díaz.

Hemos ya observado que nosotros conocíamos la antigua data de la leyenda, si bien es verdad que sólo en la versión que ensalza al coronel Oribe y nó en la que lo deprime.

Lo que sí creemos es que Mármol tampoco conocía otra versión, y la que dió

(1) El primer artículo apareció en el núm 1545 de «El Comercio del Plata» correspondiente al 14 de Marzo de 1851; el segundo artículo, el 19 del mismo mes en el núm. 1549; el tercero en el núm. 1557 &. &. Son trabajos de la pluma del Dr. D. Valentín Alsina.

fué aprovechando una oportunidad de zaherir á su enemigo, alterando por su cuenta y riesgo, y con su natural audacia y travesura, un incidente que no quiso negar para sacar de él partido, modificándolo en un sentido distinto al que le dió Brossard, que reconoció en Oribe «bravura intrépida y aun temeraria» (1).

D. José Mármol, poeta eximio, y afamado romancista por la crónica de la tiranía de Rosas, que hizo en forma de novela, no sobresalía mucho por su discreción en la época de la Defensa; lo cual, á pesar de sus méritos y servicios, le valió serios desagrados con D. Manuel Herrera y Obes, Ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores (2).

Encontró buena la leyenda de Oribe para volverla por pasiva, y no tuvo escrúpulo en hacerlo, convirtiéndola, de leyenda de valor y patriotismo, en tradición de vergüenza.

No habría que extrañar esto en quien

(1) «Considerations Historiques &.» página 175.

(2) Véase «La Semana», periódico político y literario, escrito por D. José Mármol; núm. 21, páginas 187 y siguientes.

llegaba á donde nunca osaron otros encarnizados enemigos de Oribe: ¡á tratarlo de ladrón (1)!

Ahora, por lo que respecta á la acogida que en el Cerrito tuvo el brulote de Mármol, poco se necesita saber de lo que allí pasaba, para que extrañe nadie la contestación que tuvo el *salvaje unitario* que se atrevió á poner en duda ¡el valor del *Presidente!*

Se le insultó en el artículo de que transcribe una parte el Dr. Ramírez, y se comentó la leyenda «con los soldados que »se apearon y presentándole de nuevo la »insignia de honor le pidieron con lágri»mas en los ojos que les condujese de »nuevo al combate y á la gloria».

¿Le gustaron estas ternuras y lágrimas á D. Manuel, con el aditamento de la mentira de que «todo el ejército *nacional* vestía de gran parada»? Parécenos que nó. Hemos recorrido «El Defensor de la Independencia Americana», sin encontrar la réplica al último suelto del *salvaje unitario* Mármol; lo cual nos hace creer que D. Manuel Oribe juzgó que había *trop*

(1) El Conservador, núm. 170.

de zèle en sus turiferarios, é impuso silencio.

Si hubiese hablado bajo su firma, es seguro que habría dicho más ó menos esto: «El episodio no tiene base alguna desde que yo no usaba traje de parada, y no tenía por consiguiente charreteras. Yo era un jefe que buscaba la gloria por otro camino que el del deslumbramiento por medio de entorchados. Pasé el año 1825 á libertar mi país sin uniforme de ninguna clase y con el modesto grado de mayor. Los otros grados me hallaron siempre sobre el caballo, mandando milicias ciudadanas, que desciplíné tan bien que fué mi regimiento convertido en cuerpo de línea. Sin recursos propios, pues lo que tenía todo lo había dado para la revolución, destinaba los sueldos que alguna rara vez se me pagaban, á aliviar la desnudez y necesidades de mis soldados; y habría creído que gastando en lujos incompatibles con mi vida azarosa, robaba á mis compañeros de armas la protección que un jefe les debe cuando los ve andrajosos ó desnudos.»

Esto que suponemos habría dicho Don Manuel Oribe, es lo que se desprende de

lo que hemos expuesto en el folleto Los Treinta y Tres y en el presente sin que creamos haber fantaseado sobre ese punto.

Volviendo ahora á los defensores de Montevideo, cabe preguntar: ¿es exacto que fuese entre ellos corriente el episodio de las charreteras, según la versión de Mármol?

Vamos á dar la prueba de que no era así.

D. Andrés Lamas goza á justo título la reputación de haber sido bibliófilo consumado y sabio versadísimo en los sucesos históricos del Río de la Plata.

Hizo el año 1845 en «El Nacional» una tremenda campaña contra la tiranía de Rosas, y en ella cayeron envueltos sus tenientes, como era natural.

Revistiendo los artículos de aquel periódico un interés permanente por su copiosa documentación y referencias históricas comprobadas, se formó con ellos un volumen que se publicó, en Montevideo en 1849, y en Buenos Aires, en segunda edición, el año 1877, ó más bien dicho en tercera, si se cuenta la inserción de «El Nacional» como primera.

Pues bien: hay en el libro de 1849 una

extensa nota que lleva el núm. 138; una especie de estudio sobre la conducta de D. Manuel Oribe en la guerra de la Independencia.

Se le acusa en esa nota del fusilamiento de su bienhechor Pintos, con refinamientos de rarísima maldad, que se detallan; se le recuerda el atentado á lo Cromwell de la disolución violenta de la Asambléa de Canelones, en 1827, por cuenta de las ambiciones de Lavalleja; « las graves crueldades que oscurecieron sus servicios », cuando asediaba á Montevideo en 1825 y 1826; su « negra y devorante envidia » de Rivera por la campaña de éste en Misiones, que lo arrastró al feroz fusilamiento de los conductores del parte; y como acto desdoroso posterior á la independencia se le recuerda su traición, en 1832, á la revolución de Lavalleja, con cuyos parciales estuvo « hasta el último momento » (1).

Si D. Andrés Lamas hubiese creído en el episodio de las charreteras, según la versión de Mármol ¿dónde habría tenido

(1) Apuntes históricos sobre las agresiones del dictador argentino D. Juan Manuel Rosas &. &.; 1849. —Nota 138, página CXXX; y en la edición de 1877, página 459.

mejor acomodo que en el proceso que á Oribe le abre, agregando así, á las otras acusaciones, también la de cobardía?

¡No era, sin duda, tan corriente, ni tan digna de ser tomada en cuenta por gentes circunspectas, la leyenda de las charreteras, cuando prescinde de ella Lamas en 1845 y 1849! ¡Tan luego D. Andrés Lamas, de nuestros compatriotas el más entendido en asuntos históricos, y en ocasión que tan de perillas le venía!

« Conviene no rebajar demasiado la talla de los grandes pecadores », dice el Dr. Ramírez al finalizar el segundo y último de sus interesantes folletines.

Esa talla, contestamos, debe darla la imparcialidad de la historia, y nó la engañosa sugestión de la leyenda, hoy sobre todo que estamos por suerte distanciados de la suave dominación de los pecadores de otrora, y podemos tranquilamente discutir personalidades y sucesos históricos sin los peligros de pasados tiempos. Por mucho menos que lo que el Dr. Ramírez y nosotros hemos dicho, vió el *pobre pecador* de las charreteras, con el mayor agrado, una asonada que sus amigos más íntimos y entusiastas dedicaron muy es-

pecialmente al *réprobo* (!!) que se llamó Eduardo Acevedo, proclamado, en la manifestación popular, *salvaje unitario* ¡con todas las garantías y recomendaciones que llevaba ese modesto título consigo!



POST SCRIPTUM

Después de haber entrado en prensa este folleto, nuestro distinguido compatriota y escritor insigne, D. Eduardo Acevedo Díaz, honró las columnas de «La Razón» con dos folletines sobre la batalla de Ituzaingó, intercalando en ellos páginas de las «Memorias inéditas del general Díaz», cuya publicación íntegra se hace esperar demasiado.

En uno de dichos folletines, el general Díaz describe de esta manera el vestuario del ejército mandado por Alvear:

«A ningún regimiento del ejército re- »publicano se le había dado morriones »para hacer la campaña, excepto al de

»artillería. Las demás tropas, no tenían »sino una gorra de cuartel de mal paño »y de tan escasa medida, que apenas »cubría la mitad de la cabeza; así el »soldado, haciendo la guerra en un cli- »ma ardiente, y siempre de vivac, des- »pués de sufrir los rigores de la intem- »perie, en la parte más expuesta y deli- »cada del cuerpo, tenía que presentarlo »desnudo á la espada del enemigo. En »este mismo caso se hallaban también »la mayor parte de los oficiales subal- »ternos; unos, por falta de tiempo para »reponer los cascos destruídos en el »acantonamiento del Uruguay; otros, por »imposibilidad de comprarlos según el »excesivo precio á que por el bloqueo »habían subido las prendas militares, al »mismo tiempo que los sueldos sin au- »mentos, seguían las vicisitudes del pa- »pel moneda.

»Además de aquella gran falta en el »vestuario, todas las tropas del ejército »hicieron la campaña descalzas. La »infantería había recibido un par de za- »patos por plaza en el campamento del »Arroyo Grande, pero de tan mala ca- »lidad, que á los ochos días de marcha

»no había un solo par servible, y toda
»la infantería quedó descalza; por con-
»siguiente, rara era la jornada en que
»no resultasen algunos soldados imposi-
»bilitados de marchar, por efecto de las
»espinas y de las piedras agudas en el
»país quebrado.

»Algunos cuerpos habían recibido en
»el mismo campamento, un vestuario
»nuevo, es decir, sin casco ni calzado, y
»aquél, de muy mal paño y construc-
»ción, como son generalmente los que
»fabrican en el país, para la tropa;
»pero otros cuerpos, y éstos eran los
»más, no tenían sino la chaqueta y
»pantalones que se les había dado en el
»Uruguay, ocho meses antes, y que,
»por efecto de la campaña, estaban ya
»en una situación miserable, mejor para
»arrojarse que para molestar al soldado
»con la carga de inútiles andrajos. A
»varios de estos cuerpos se les distribu-
»yeron pantalones y camisetas de brin,
»y algunos jefes mandaron entonces que-
»mar, en el Arroyo Grande, los panta-
»lones de paño del antiguo vestuario
»de su tropa, quedándose con el de brin
»para hacer toda la campaña, y, por

»esta determinación, puede inferirse cuál »sería el estado de aquella ropa.

»Alguna parte de la infantería, á más »de la falta de pantalones de paño, no te- »nía capotes ni otra clase de abrigo »equivalente, y, en general, el ejército, al »emprender la marcha para el Brasil, es- »taba muy distante de poder considerarse »equipado de la ropa necesaria para »una guerra activa. Verdad es que la »premura del tiempo no dió lugar á re- »cibir todo el vestuario, y que un convoy »regresó por no haber podido alcanzar »al ejército.

»Pero es fácil concebir, que unas tro- »pas que iban á campaña con semejante »equipo, por tiempo indefinido, y sin depó- »sitos para reemplazarlos, habían de que- »dar en la desnudez antes de dos meses »de fatiga. Así fué que oficiales y soldados, »llegaron, como se verá en el discurso de »estas Memorias, á encontrarse en un »estado tal de desnudez y calamidad, que »el pudor impide descender á los deta- »lles».

¡¡Sería cosa de ver, jefes vestidos de parada mandando oficiales y soldados « en un estado tal de desnudez y calamidad

que el pudor impide descender á los detalles!!...»

Lo que resulta de la parte transcripta de las Memorias del general Díaz, es la plena confirmación de cuanto nosotros hemos dicho en este folleto y en el titulado Los Treinta y Tres, especialmente en las páginas 45, 48, 49 y 51 del último, sobre el estado lamentable en que el ejército se hallaba, según los documentos indiscutibles de que hacíamos uso.

Y es de notar que el general Díaz, tan minucioso respecto á oficiales y tropa, nada diga del traje de los jefes. Si lo hubiesen éstos usado de parada el día de la batalla ¿no habría valido la pena de consignarlo? ¿Era ese un detalle tan insignificante, cuando da otros que pueden conceptuarse más triviales?

Procediendo con estricta lógica y para evitar el chocante contraste de superiores lujosos y soldados descalzos y harapientos, todos los que les han inventado uniforme de gala á los jefes se lo han adjudicado también á la tropa, prefiriendo cometer deliberamente una falsedad antes que incidir en una inverosimilitud resaltante. Por eso dice Lacasa por

su cuenta: «El ejército, vestido de gran parada» (1), y por eso *El Defensor de la Independencia Americana*, «escrito bajo las inspiraciones directas de D. Manuel Oribe, y en el cual no podía salir una línea que desagradase al dictador» (2), trae en su número 310 esta colosal mentira: «Que todo el ejército nacional vestía de gran parada en la batalla de Ituzaingó»; mentira cuyo objeto se comprende y no es otro que autorizar la leyenda de las charreteras, que no existen sin traje de gala, cuyo traje á su vez no se concibe usado por jefes mandando oficiales y soldados descalzos y andrajosos, ya que no en indecente desnudez, como se afirma y demuestra por los testigos oculares que más respeto merecen.

Pensamos que queda destruída para siempre la leyenda del ejército republicano con uniforme de gala en la campaña del Brasil y en el glorioso día de Ituzaingó.

En cuanto á las charreteras del coro-

(1) Vida de Lavalle página 72.

(2) Palabras del Dr. Ramírez en el primero de sus folletines de «La Razón».

nel Oribe, parécenos que serán muy pocos los espíritus discretos que crean que las llevaba, y menos aun los que continúen aceptando las versiones de que las arrojó para disparar cobardemente ó para imponerse á su regimiento, desorganizado y disperso (1).

—FIN—

(1) En los números 1692 y 1693 de «La Razón»—edición de la tarde—se ha publicado el reportaje á un anciano de noventa y cinco años, que se presenta á los lectores como ex-soldado del regimiento n.º 9, y se exhibe en la integridad de sus fa-

cultades intelectuales, recordando lo que en ese cuerpo pasara el día de la batalla de Ituzaingó.

Aun cuando el episodio de las charreteras, en cada una de las dos versiones corrientes, es de todo punto insignificante, creemos sin embargo de todo eso que habiéndolo tratado con seriedad y de entera buena fe, no debemos ocuparnos del reportaje aludido, que si puede ser una broma más ó menos feliz, está fuera de lugar en este debate. A lo cual agregaremos que, broma por broma, encontramos de mayor chiste la del señor Miranda, que lleva la delantera al autor del reportaje cuando dice que: «Oribe, tomando en la mano una de sus charreteras á manera de espada, carga de nuevo á la cabeza de su regimiento, acuchillando las tropas enemigas y cubriéndose de legítima gloria en tan memorable jornada» (a).

Conceptuamos que el enemigo acuchillado, hallaría muy conveniente esta sustitución del sable por la charretera. ¡¡Al fin una broma!!...

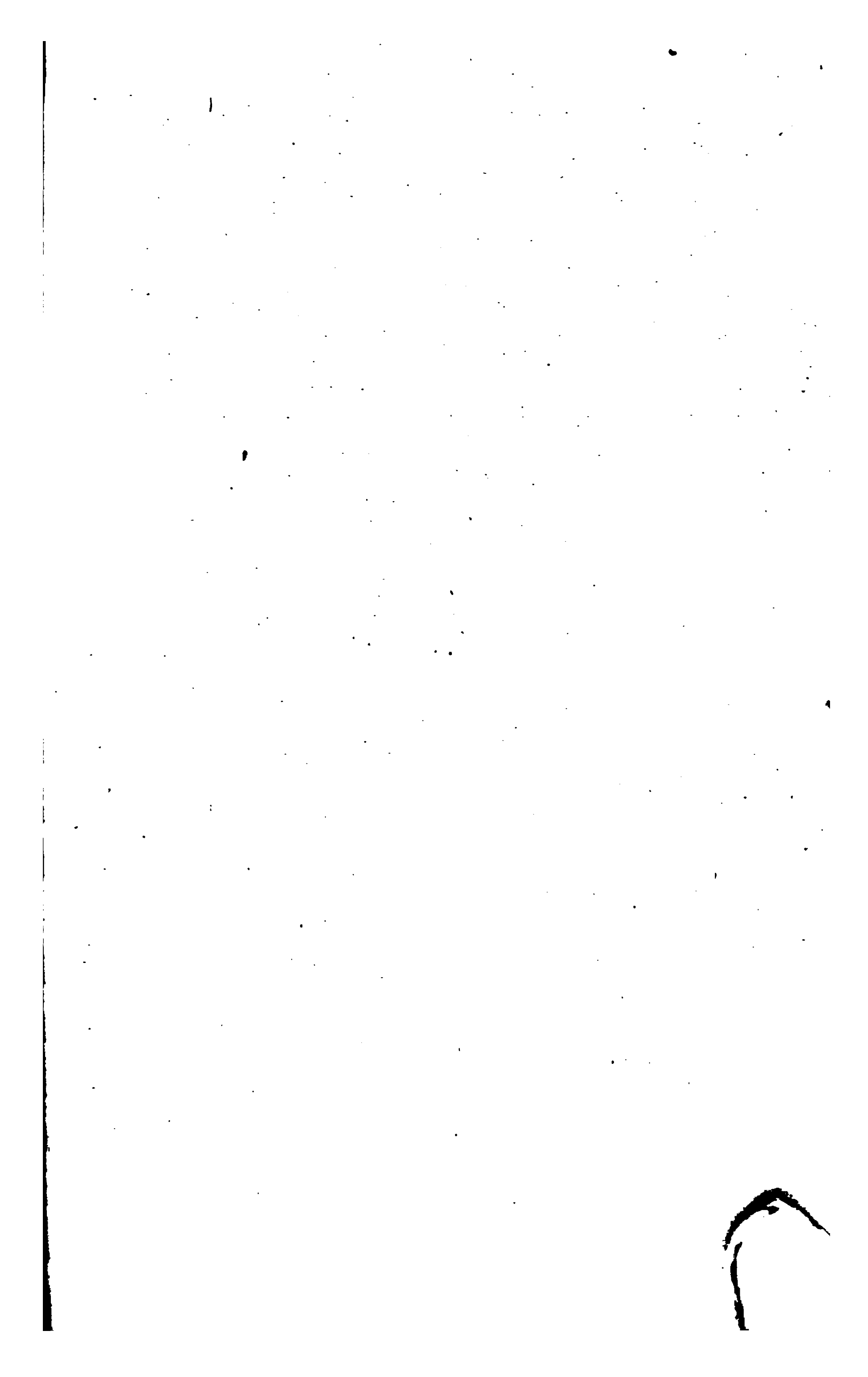


(a) «Apuntes sobre Historia de la República», ya citados, página 95.

La obra del señor Miranda ha sido adoptada, como texto de Historia, en las escuelas.



ÍNDICE




U.C. BERK
C03